

2.º domingo de Cuaresma A

***Sal de tu tierra y de la casa de tu padre
hacia la tierra que te mostraré. (Gn 12,1)***



Primera lectura

Génesis 12,1-4a

En aquellos días, el Señor dijo a Abrahán: – Sal de tu tierra y de la casa de tu padre hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre y será una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo.

Abrahán marchó, como le había dicho el Señor.

Segunda lectura

2 Timoteo 1,8b-10

Querido hermano: Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según las fuerzas que Dios te dé. El nos salvó y nos llamó a una vida santa no por nuestros méritos, sino porque antes de la creación, desde tiempo inmemorial, Dios dispuso darnos su gracia, por medio de Jesucristo; y ahora, esa gracia se ha manifestado por medio del Evangelio, al aparecer nuestro Salvador Jesucristo, que destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal.

Evangelio

Mateo 17,1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro entonces tomó la palabra y dijo a Jesús: – Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: – Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle.

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y tocándolos les dijo: – Levantaos, no temáis.

Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: – No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

Meditación

El relato de la transfiguración resulta absolutamente incomprensible desde un historicismo literalista. Lo principal aquí es la teología y el mensaje contenido en la narración. Teología y mensaje que han utilizado como vehículo de expresión una serie de creencias procedentes del mundo judío. Entre ellas es preciso enumerar la aparición de Moisés y Elías, la voz oída desde la nube, el resplandor y la gloria. Una serie de detalles funcionales puestos al servicio de la finalidad perseguida por el evangelista: todo lo esperado para el futuro se ha hecho realidad en el presente, en la persona de Jesús.

El centro de gravedad de esta narración recae en la afirmación siguiente: el transfigurado es la presencia de Dios entre los hombres. Los detalles son como otros tantos rasgos parabólicos que deben poner de relieve esa enseñanza fundamental. La consecuencia ineludible que de esta presencia de Dios entre los hombres se deduce, se halla expresada en la voz del cielo:

"...escuchadle". ¿Se acentúa la relación "discípulo-Maestro"? Por supuesto. Pero la intención del evangelista va más allá: la palabra de este Maestro es la última que Dios tenía que decir a los hombres. Y esta palabra oída por los tres "íntimos" debe ir comunicándose y transmitiéndose a los demás. Ha surgido "el profeta" semejante a Moisés a quien es preciso escuchar. La diferencia en relación con los acontecimientos del pasado es también significativa: allí Moisés hablaba al pueblo, aquí "el Profeta" habla a los tres discípulos representativos del nuevo pueblo de Dios que debe surgir desde su predicación.

Jesús es el Maestro que habla y enseña a sus discípulos. Pero, al mismo tiempo, es el Señor divino, penetrado por la luz de Dios y envuelto en la nube (signos de la presencia divina). Una realidad única con dos formas de existencia, la humana y la divina (posteriormente el magisterio y la teología lo formularán hablando de una persona y dos naturalezas). Nuestro relato, más primario y adecuado, presenta la unión de esas dos formas de existencia recurriendo a la transformación o penetración de lo humano por lo divino y a la afirmación de la voz celeste: "éste es mi Hijo muy amado". El encanto y valor insuperables (desde luego no superados por ninguna de las descripciones teológicas posteriores) del relato está en la presentación extraordinaria que hace del protagonista: Jesús, que aparece normalmente en el evangelio como el hombre manifiesto y el Señor oculto, aquí es presentado como el Señor manifiesto y el hombre oculto. Dios quiso descubrir el velo tras el cual se esconde el misterio de Jesús. Los discípulos caen en tierra ante él. Es la actitud de adoración ante el Señor. Y el temor surge del pensamiento de estar ante Dios; un temor que es superado gracias a la presencia y la palabra de Jesús: "no temáis".